

man la clase obrera, pues su fuerza radica en la unión.

Ni Dios gustó de estar solo en la inmensidad del espacio y de los tiempos; pues se creó un coro de ángeles y un universo de mundos y un cielo con justos y buenos.

S. SALAZAR MORA.

SOBRE EL CONCEPTO DEL TRABAJO

Trabajo, según la Economía es el esfuerzo humano aplicado a la producción de riqueza.

Es tan necesario, que significa la fuerza dinámica de los otros dos factores, naturaleza y capital.

Es cierto que la naturaleza en lugares privilegiados del globo, brinda sus frutos sin la intervención humana; pero no lo es menos, que el trabajo realiza el prodigio de convertir terrenos estériles en huertos, jardines y bosques.

Gracias al trabajo los productos naturaleza y los que el hombre ayuda a producir van sufriendo todas aquellas transformaciones que reclaman las necesidades del hombre.

Y éstas, con el progreso, han llegado a una fuerte suma, cuya satisfacción pide la enorme contribución de millones de cerebros y de brazos. ¡Oh! qué magnífico espectáculo nos presenta la colmena humana en sus múltiples formas de actividad!

La mente elabora allí en los alambiques misteriosos de la psíquis el secreto que ha de mover voluntades y brazos en la realización de prodigios.

Y esas dos supremas energías: la de la inteligencia y la de los músculos, integran el omnipotente y victorioso nervio que vibra en la superficie y el corazón de los mares, arrebatándole riquezas o bien utilizándole como arteria para conducir entre los continentes la vida, el bienestar y la dicha de las naciones.

¡Oh divino poder el del trabajo que convierte a los hombres en artistas de la idea y de la belleza, en magos de la ciencia y la industria, en titanes que roban al cielo el fuego de los dioses, y aprisionan en sus manos las fuerzas de la naturaleza.

Sólo en tiempos de la molicie romana pudo estar el concepto del trabajo en grado tan denigrante que llegó a ser considerado oficio de esclavos y de animales.

La civilización cristiana, que todo ha dignificado, vino a colocarlo en el código de la más perfecta moral y hoy figura como una de las principales virtudes humanas.

La pereza es madre de vicios y pecados: se dice por ahí. De lo cual se infiere que el trabajo es padre de la virtud. Es tal su influencia moralizadora que Víctor Hugo llegó a decir en una hermosa figura: "Trabajar es orar".

Sociólogos modernos opinan que todo hombre que no produce es indigno de vivir en la sociedad.

No es posible que haya afinidad entre las ideas de hombre y de zángano.

La necesidad nos impulsa a producir y para producir hay que trabajar.

No debemos considerar, solamente, sus efectos como factor de moralidad individual y de riqueza, sino también como productor de la solidaridad y la paz entre los hombres.

El trabajo mantiene unidos a todos los miembros de la gran colmena humana; cada uno aporta su ayuda y todos labran con su esfuerzo el bienestar individual y colectivo.

Ocupados, no tenemos tiempo de reñir y destruirnos. Lejos de anhelar que la muerte reste luchadores de la noble faena, tratamos de conservarlos y de aumentarlos.

De esta manera procuramos el bienestar del presente y edificamos para nuestros hijos, a la vez que los blasones de gloria que han de ostentar y defender con orgullo, un porvenir de progreso, de dicha y de gloria.

No importa el instrumento: ya sean la mente o el músculo; el laboratorio o el escritorio; el yunque o el arado; con todo podemos y debemos producir. Día vendrá en que el trabajo haya dado completa muerte a la miseria y a los zánganos.

Pensemos siempre que es el único camino por donde hemos de llegar a la verdadera grandeza, y el único instrumento con que han conquistado su poderío económico las naciones.

Concibamos de esta manera la idea del trabajo y sentiremos estímulo sincero al par que la más profunda satisfacción de ser contados entre la noble y meritísima clase trabajadora.

Prof. S. SALAZAR MORA

MAL SISTEMA DE VIDA

Conducta harto frecuente y no menos criticable es la de quienes integramos la clase obrera cuando aguardamos el remedio de todos nuestros males, solamente del cielo, de la buena suerte, o de nuestros semejantes.

Es verdad que en algunas ocasiones los esfuerzos fracasan y continuamos tan mal como estábamos o peor.

Los caracteres pesimistas desde antes de iniciar la lucha han matado su fe y expulsado de su corazón la esperanza. Y un hombre sin esperanza ha perdido el más preciado tesoro de adquisición. Quienes han triunfado siempre han recibido su aliento que consuela y fortifica. Más la existencia de la esperanza solo debe justificarse cuando el hombre es activo.

Sembrar y esperar la cosecha de óptimo fruto, es la cosa más natural. Desatino sería cruzarse de brazos y aguardar que llegue a nuestro alcance todo lo que necesitamos. Esto no lo hacen ni las aves del cielo, ni los árboles de los boques. Por ley general en el universo todo fruto es resultado del esfuerzo y del trabajo.

Hay desorden en la hacienda de nuestros hogares y no alcanzamos para vestirnos y asearnos decentemente, para alimentarnos y curarnos?

Estudiemos las causas. Pudiera ser que gastamos en vino, barajas, cigarros y paseos la mayor parte de lo que ganamos.

Si estos males nos aquejan ¿de quién hemos de aguardar eficaz remedio?

Curando la causa se curan los efectos. Finquemos nuestra esperanza sobre la acción necesaria para curar nuestros males y el triunfo será nuestro.

Busquemos la manera de ser que convenga a nuestros intereses y no la que se ajuste al nefasto capricho de nuestras pasiones y defectos.

Ordenar nuestra vida y sistematizarla puede ser eficaz preservativo contra las miserias y camino seguro para llegar a la cumbre de nuestros éxitos.

SOBRE EL CONCEPTO DEL CAPITAL

En otro artículo decíamos del trabajo que es fuerza dinámica indispensable para hacer que produzcan riqueza la tierra y el capital.

Ahora disertaremos un poco sobre este último para desvanecer algunos prejuicios que en su contra existen

Hay quienes hablando hiperbólicamente del trabajo le dan títulos de creador, de único y exclusivo factor de la riqueza.

Este error ha dado origen a que el vulgo invente falsas e injustas apreciaciones sobre el concepto del capital.

El esfuerzo humano descubre medios de combinar los diferentes elementos que le proporciona la naturaleza y hace que se les reconozca un valor intrínseco que ya tenían, y que no había sido utilizado. No puede negarse que es el mantenedor del funcionamiento normal de la producción.

Más ¿será posible concebir la producción de la energía humana sin elementos esenciales, que colaboren necesariamente?

La posesión de la naturaleza a nuestras órdenes significa una riqueza que vamos a transformar. Los instrumentos, las máquinas, los víveres, los vestidos y todo aquello que sirve para mantener la vida del productor, significan, también, una riqueza que debe existir, forzosamente, antes y durante el tiempo que esté laborando.

Pues bien, esa riqueza acumulada, sin la cual es imposible toda empresa, se llama "CAPITAL. Los economistas la definen de la siguiente manera: "CAPITAL ES LA RIQUEZA QUE PRODUCE RIQUEZA".

Sin él nuestras mejores ideas se quedan en el cerebro o escritas en una hoja de papel.

Entre muchas pruebas, tenemos ésta: Federico Lebon, ingeniero francés, descubrió la manera de obtener el gas del alumbrado. Le negaron ayuda pecuniaria en su patria y murió sin realizar su idea. Más tarde, en 1810, Inglaterra instaló la primera fábrica de alumbrado público. Y Francia, que tuvo en su cuna al inventor, hasta 1818 vino instalando la primera fábrica.

Como éste podríamos citar infinidad de casos en los cuales se ve, palpable-

mente, que puede haber magníficas ideas que no llegan a realizarse por carencia del factor capital.

Todas las industrias tienen la base de su prosperidad en el fuerte y poderoso cimiento del capital. El día que éste se debilite o se agriete, pelagra la producción. Ni la pequeña ni la gran producción serían posible sin pequeños y grandes capitales.

El socialismo al poner en guerra al factor trabajo con el factor capital intenta cometer el más grande de los errores económicos. Cuando éste en sus lucubraciones ha intentado matar aquella fuente de energía, el trabajo ha resentido sus efectos. Abandonar el capital y volverse contra él, equivale a que las manos dejen el arado y la máquina y, tomando la tea y el fusil, se dediquen a lo que llama Charles Gide: "Trabajo destructivo de la riqueza".

Después de una revuelta contra el capital en la que su majestad la miseria ha sentado sus reales. Después de una decepción como la que llevó el pueblo ruso, cuando se intenta la rehabilitación de la industria y del trabajo, ésta solo puede conseguirse por un camino, la rehabilitación del capital.

No es que yo quiera sostener que debe buscarse el predominio de un factor sobre el otro, sino la existencia coordinada y bien equilibrada de los dos factores, trabajo y capital.

Pensar en la destrucción del capital es estar urdiendo el asesinato del trabajo.

La aspiración suprema de todo individuo debe ser la posesión de un capital aunque sea pequeño.

Se acabó el tiempo en que el capital era patrimonio de unos cuantos. Los hechos nos demuestran que hoy está al alcance de todo anhelo y de todo empeño humano.

Solo para los haraganes, los ignorantes y los viciosos es imposible la ascensión de esa escala que lleva al mejoramiento económico.

Pues hoy se ve que el ahorro y las diversas instituciones que de él se derivan, colocan al obrero en condiciones de ir creando el ansiado capital.

El que tenga un jornal un sueldo, un oficio, o una profesión y puede atender todas sus necesidades y guardar algo para el porvenir, es, en mi concepto, un capitalista.

No déis crédito a los gritos de la diabólica sirena que os dice que el capital se obtiene arrebatándolo y riñendo y destruyendo al que tiene más.

Todo es cuestión de talento, de esfuerzo y de circunstancias que la gente ha dado en llamar "buena suerte". Si faltan lo primero y lo segundo hay que conformarnos con el lugar donde estamos. Si faltan las circunstancias hay que aguardar siempre que se pongan a tiro. Ya llegarán cuando la paz y el trabajo sean estables, y den lugar a la prosperidad de las grandes industrias y de los grandes capitales.

Porque hay que convenir en que así como no puede concebirse la lluvia sin la existencia de mares y lagos, cuya evaporación dé origen a las nubes, de la misma manera no pueden crecer los ya fundados, ni nacer los capitales nuevos, si no ya fundados, ni nacer los capitales nuevos, si no son el resultado o la cosecha de otros capitales.

Como el agua engendra a la lluvia, que es también agua, el capital es necesario para engendrar capital.

Enero 1929

LA POBREZA

Según la Economía Política, "necesidad" es la sensación de lo que hace falta al organismo". Sed la sensación de que le falta agua. *Hambre*, la sensación de que falta alimento.

En los primeros años de nuestra vida, todo se reduce a unas cuantas necesidades: pero merced a la invención y a la adaptación al medio social con la edad, así de los individuos como de los pueblos, va aumentado considerablemente el número de ellas.

No parece sino que la civilización del mundo ha consistido en aumentar la civilización del mundo ha consistido en aumentar las necesidades. Nuestros abuelos con poco llenaban sus exigencias, y hoy apenas si tenemos fuerza para cargar con las que nos hemos creado y vamos creando, sin poner punto de reposo a nuestros afanes.

Tras de cada necesidad han venido los deseos y ardiente apetito de satisfacerlas.

Lo que sirve para satisfacer los deseos engendrados por la necesidad, lleva el nombre de *riqueza*. En consecuencia llámase *ricos* a los hombres que tienen medios abundantes, mejor dicho, de sobra, para satisfacerlas todas sus necesidades o la mayor parte de ellas. Llámase *pobre* al que no tiene siquiera lo indispensable para atender las necesidades primordiales de la vida; alimentación, vestidos, casa, salud, instrucción y diversiones.

La humanidad, en su progreso, ya debía haber conquistado el secreto, si no para acabar con la pobreza, cuando menos para disminuirla en mucha parte. Andamos tan desviados de esa senda, que no será remota la llegada de un día en que la miseria sea mayor que la de ahora.

Hay quien diga que son exclusivamente culpables de esta situación los acaparadores de riqueza, los *archi-ricos* o capitalistas.

Mas yo creo que el primer culpable de la pobreza es el mismo pobre que, pudiendo salir de ella, en muchas veces, ni siquiera lo intenta. En segundo término aparecen no menos culpables los *gobiernos* que teniendo, obligación de mirar por el bienestar común, nada o muy poco han hecho para redimir a los pobres de la miseria en que viven.

No es cuestión de salarios únicamente ni de ligas de resistencia, la cuestión es de economía, de moral y de higiene.

¿De qué le sirve al obrero ganar mucho dinero, si no sabe la ciencia de distribuirlo económicamente; si lo derrocha en cantinas y *paseadas*; y como consecuencia ineludible de sus vicios, se vé precisado a gastarlo en boticas y sanatorios? ¿De qué le sirve ganar lo suficiente, si en repetidas veces, con la ambición de igualar al rico, ebrio con las delicias del momento, se tapa los ojos y derrocha lo que gana; sin mirar su propio porvenir y el de su familia, en una palabra, si no posee la virtud salvadora del *ahorro*?

Agreguemos a ésto que la pobreza de la salud está en razón directa con la higiene. Menos higiene, menos salud. Más higiene, más salud.

Y la higiene que constituye el conjunto de prácticas para conservar la salud, no es vigilada y llevada a efecto con el empeño y la eficacia que con tanta urgencia necesitamos, ni en todas las escuelas, ni en todos los hogares, ni en todas las calles y demás lugares públicos.

Este descuido ocasiona enfermedades, que gastan la hacienda y pueden dejar al hombre en la más espantosa miseria.

Nada más pobre que el pobre cuando lo es de conocimientos y de hábitos para prevenirse contra las enfermedades, y pobre, también, de recursos para curarse de ellas.

Hasta la fecha la llamada "*acción social*" no ha hecho cuanto debiera para resolver el problema.

Se le invita al obrero a sindicalizarse para hacerle presión al capitalista, para luchar contra él; pero no se le disciplina en las virtudes del buen obrero ni se le perfecciona en sus aptitudes profesionales.

En vez de mostrarle que se puede subir a una condición económica mejor, evitando los vicios y practicando el ahorro, hay quien le insinúe la idea de arrebatar lo de otro para tener riquezas de un salto y sin los esfuerzos debidos al trabajo honrado y fecundo.

Es verdad que hay *instituciones de previsión* que bien pudieran aliviar la miseria y basta asegurar un porvenir mejor para nuestros pósteros: más no tenemos quien los fomente y los establezca y menos quien pueda garantizar su correcto funcionamiento.

Por eso, no meditemos siquiera sobre la superficie o la espuma de salameras palabras con que nos regalan ciertos "*líderes socialistas*"; ni escuchemos sus "*cantos de sirenas*" con los cuales intentan ganarnos para sus propósitos de naturaleza puramente egoísta.

Veamos el problema, serena y profundamente, con suma prudencia, buscando las verdaderas causas y procurando remediar el mal por medio de los factores o procedimientos adecuados.

Tales factores es casi seguro que podremos encontrarlos dentro de las reglas de la economía de la moral y de la higiene.

La pobreza no diremos que es una enfermedad social *sanable*; pero sí que es posible atenuar sus efectos o consecuencias.

Todo es que el obrero o el pobre hagan lo necesario para adquirir su propio bienestar, y que los gobiernos fomenten y garanticen la fundación y la vida de las instituciones de previsión, y de moralidad e higiene, tanto públicas como privadas, para que se tenga la riqueza necesaria, la indispensable para las necesidades primordiales y aun para mirar el porvenir con menos miedo.

Monterrey, agosto 25 de 1926.